

Cuadernos de **JAPÓN**

Diplomacia para Japón como potencia media

Estados Unidos de América (EUA) podría dejar de considerar a Corea del Norte como «estado patrocinador del terrorismo». A la hora de escribir este artículo (principios de diciembre de 2007), todavía no hemos oído ningún anuncio oficial al respecto, y dependiendo del resultado de las conversaciones entre ambos países, tal vez no se produzca. Pero la corriente básica en las relaciones EUA-Corea del Norte y en las conversaciones a seis bandas (China, Japón, Rusia, EUA y las dos Coreas) sobre la desnuclearización de la Península Coreana se encamina ineludiblemente en esa dirección.

Para Japón, más importante que la decisión estadounidense es la lectura de la corriente global, una corriente en donde se está asumiendo que se va a eliminar la designación de estado patrocinador del terrorismo. Washington ya ha señalado claramente su intención a tal efecto. El sentir en Japón es de no ser capaz o no tener la voluntad de afrontar esta realidad sin tapujos. La

desconfianza hacia Corea del Norte domina las emociones del pueblo japonés, creando una atmósfera onnipresente en la que sólo parece contar una posición de línea dura. ¿Pero que marco diplomático nos ha dejado esto? Sólo se oyen argumentos basados en un único punto: la insistencia de no movernos un ápice de nuestra rígida posición de principios.

Esto es parte del legado de la administración de ABE Shinzō (2006-2007). FUKUDA Yaaou, que ha sucedido a ABE como primer ministro, está buscando la manera de aplicar una diplomacia más flexible en Asia, pero su Administración se enfrenta a la tremenda tarea de intentar cambiar el rumbo con la realidad de un clima doméstico dominado por la línea dura.

El problema norcoreano no tiene fácil solución, y aunque Washington deje de considerarlo estado patrocinador del terrorismo, es perfectamente posible que las negociaciones EUA-Corea del Norte y las conversaciones a seis bandas vuelvan a encallarse. Si así ocurre, seguro que los más intransigentes dirán «Ya lo avisamos», para confirmar que su lectura de Corea del Norte era la correcta. Y es probablemente lógico mostrarse escéptico sobre de la fiabilidad de Pyongyang como socio negociador.

Pero más importante que los acontecimientos a corto plazo es la corriente internacional a largo plazo. EUA tiene ahora la presión de realinear de arriba abajo su papel a escala global, y Asia está inmersa en un turbulento flujo de cambios centrado en China. En este contexto, independientemente de si se puede confiar o no en Corea del Norte, ahora debemos abordar la situación sobre a base de una perspectiva a medio-largo plazo que incluya la posibilidad de un cambio de régimen en el Norte y una posterior reunificación de las dos Coreas.

La sensación en Japón es que se habla sobre el problema norcoreano de forma exclusivamente introspectiva, aunque este es un momento de grandes cambios en la situación internacional. ¿Qué significa esto? La herramienta más potente para mantener los valores e intereses del país es la búsqueda paciente de esfuerzos acordes con una lectura de las corrientes subyacentes en la escena internacional. ¿Y por qué incluso este axioma básico de la diplomacia se lo siguen llevando los vientos de la opinión pública japonesa?

Limitaciones en las relaciones vecinales

Las cuestiones que acabo de plantear tienen relación no solamente con el tema norcoreano sino también con la diplomacia de Japón para con sus vecinos en general, como puede ser el caso de Corea del Sur y China. Bajo la incapacidad japonesa de idear una estrategia adecuada para su diplomacia regional, es decir, un conjunto sistemático de ideas y proyectos para conseguir una mezcla óptima de medios y objetivos, parece existir un problema de base que afecta a la política exterior japonesa en su conjunto.

Ya en 1999, el primer ministro OSUCHI Keizó creó la Comisión sobre los Objetivos de Japón en el Siglo XXI, y en un informe que este comité de expertos le presentó en enero de 2000, se hacía un llamamiento a las «relaciones vecinales» (ninkd) con Corea del Sur y China. Conscientes de que Japón estaba construyendo su propia credibilidad en Asia, el informe abogaba por que nuestro país construyese nuevos marcos de cooperación, superase disputas territoriales y diferencias ideológicas y perceptivas, y fomentase el intercambio a nivel popular. Este informe fue una destilación de la consciencia

y sabiduría de posguerra de Japón presentada en plena transición post-Guerra Fría,

Durante este periodo transitorio de la década de los 90, Japón de hecho respondió a la cambiante situación mundial y de Asia con acciones basadas en el internacionalismo, como el inicio de la participación de las Fuerzas de Autodefensa (FAD) en operaciones de preservación de la paz de las Naciones Unidas (ONU), reconfirmación de la alianza Japón-EUA, y apoyo a otros países asiáticos afectados por la crisis monetaria de 1997-1998. Y en 1998, el primer ministro OBUCHI y el presidente surcoreano Kim Dae jung alcanzaron un acercamiento entre ambos países. De modo similar, parecía que se había creado un nuevo inicio en la construcción de relaciones entre Japón y sus vecinos.

Pero después del inicio del siglo XXI, la diplomacia regional de Japón pareció moverse en la dirección opuesta, una tendencia que pareció tocar techo con la llegada de la Administración de ABS en 2006. La mayor paradoja de la política exterior de ABS fue que a pesar de su ideología conservadora y su inmovilidad en temas de percepción histórica, lo primero que hizo fue mejorar las relaciones con China y Corea del Sur. De esta forma puso fin al impás que se produjo con su predecesor, KOIZUMI Jun'ichiró (2001-2006), que solía rechazar de plano las implicaciones diplomáticas de sus visitas al Santuario de Yasukuni, Pero la Administración de ASE no consiguió pasar del primer intento, y al final no consiguió progresos significativos en el desarrollo de relaciones vecinales.

La ausencia de un enfoque serio hacia los vecinos en la política exterior de la Administración de ABE también fue aparente en sus iniciativas diplomáticas

basadas en los conceptos universales de libertad y democracia. Por ejemplo, el primer ministro trabajó activamente para mejorar los lazos con India y Australia siguiendo sus deseos de crear alianzas con otras democracias, pero no dijo nada de Corea del Sur en esta cuestión. Y cuando ASO Taré, su ministro de exteriores, ideó el concepto de crear «un arco de libertad y prosperidad» no incluyó la idea de hacer de Corea del Sur un socio, ni ofreció ideas sobre las perspectivas y las respuestas al desarrollo de la democracia en China, un aspecto que probablemente es el mayor determinante del futuro de Asia.

Creo que estas limitaciones pueden atribuirse a las posiciones de línea dura que se esconden tras la superficie como determinantes básicos de la política exterior de la administración de ASE. Una fue su rígida postura hacia Corea del Norte, como he dicho antes. Esto significó que el enfoque conciliador con el Norte que aplicó el presidente surcoreano Roh Moohyun no fue menos que ignorado; hasta cierto punto se vio como un obstáculo a la diplomacia japonesa. Otra fue su actitud antagonista hacia la China rápidamente emergente. Esta forma de pensar hizo que la administración no reconociese ni incorporase a su política el significado de unas buenas relaciones entre Washington y Pekín como elemento clave del reciente progreso de las conversaciones a seis bandas, o que China está actuando como promotor de la actual estructura de acercamientos a Pyongyang.

El problema de las percepciones históricas tiene una implicación profunda en esta situación, y hace que las cuestiones sean enormemente complejas. La valoración de la guerra que se inició en la década de los 30 se ha convertido en un grave punto de contienda dentro de la sociedad japonesa. En la década de los 50 y posteriormente, la historia se convirtió en una cuestión diplomática en

las relaciones de Japón con China y Corea del Sur, y la división interna en cuanto a las reflexiones sobre la guerra en Japón quedó intrínsecamente enmarañada de sentimiento popular en ambos países, lo que añadió una fuerte dosis de ímpetu emotivo a las relaciones vecinales de Japón. Las opiniones de chinos y surcoreanos sobre Japón ya venían siendo dominadas por los sentimientos, y cuando una característica similar arraigó también en Japón, las relaciones bilaterales con estos dos países entraron en un círculo vicioso de reproches mutuos.

En mi opinión, el camino correcto de la diplomacia japonesa es idear iniciativas conceptuales que rompan este círculo vicioso. El problema de las diferencias en percepciones históricas tiene la calidad de tema estratégico. Si se gestiona mal, puede afectar incluso a la alianza Japón-EUA, piedra angular de la política exterior japonesa. Esto es así porque EUA es el país que tiene el más profundo interés en la legitimidad del régimen de posguerra de Japón y de la configuración internacional que le dio su apoyo, formalizado por el Tratado de Paz de San Francisco de 1951. Por ello, es concebible que EUA pueda cooperar con Corea del Sur y China en este problema, dejando a Japón aislado.

El defecto estructural de la diplomacia japonesa

A menudo se ha dicho que los japoneses tendemos a idealizar las relaciones internacionales, y que esto se considera un rasgo cultural. Deberíamos tener bien aprendido el desastroso potencial de este enfoque por nuestra experiencia en la guerra iniciada en la década de los 30; el militarismo japonés de entonces

convirtió al resto del mundo en enemigo, y aceptamos que, en una abstracción extrema, este militarismo se relacionó con una visión tan idealizada del mundo que no tuvo más salida que la guerra contra EUA, y Japón utilizó su poder militar para convertir esta visión en realidad.

Tras la guerra, Japón se arrepintió en exceso, El punto de partida para crear un Japón nuevo y diferente fue la decisión del primer ministro YOSHIDA Shigeru (1946-1947, 1948-1954) de adoptar una Constitución pacifista en noviembre de 1946 y la firma de un tratado de seguridad con EUA en septiembre de 1951. Básicamente, la Constitución pacifista limitaba la iniciativa de Japón como actor libre a la hora de formular su propia política de defensa y seguridad, y el tratado de seguridad institucionalizó la dependencia de nuestro país de los EUA. Los objetivos nacionales de Japón tras ser derrotado en la guerra y ocupado por los Aliados fue recuperarse de la devastación bélica y rehabilitarse como estado. El país consiguió estos objetivos aceptando una estructura de iniciativa limitada y de dependencia. Esto dio como resultado la adopción de un enfoque eminentemente materialista en la diplomacia del periodo de posguerra, un enfoque a menudo identificado como «centrado en la economía». En otras palabras, el péndulo de la política exterior japonesa pasó del idealismo al materialismo.

Sin embargo, la línea de YOSHIDA estaba desincronizada de base con la política internacional. En 1946, cuando se promulgó la Constitución pacifista, la Guerra Fría no había empezado todavía. La Constitución simbolizó la posición de Japón en el orden internacional de posguerra que se había planificado cuando la II Guerra Mundial todavía supuraba. Pero a partir de 1947, a medida que la Guerra Fría iba pareciendo inevitable en Europa, EUA reconsideró su

política hacia Japón. Ya en esta temprana fase del periodo de posguerra, Japón, cuyo nuevo status tomaba forma con la Constitución pacifista, había perdido su lugar en el mundo de la política internacional, donde otro conflicto de ámbito global había comenzado.

El Tratado de Seguridad Japón-EUA fue una respuesta al inicio de la Guerra Fría, Con la aparición de este conflicto Este-Oeste, EUA presionó a Japón para que revisase su renuncia total a disponer de potencial militar según su Constitución (Artículo 9), pero el primer ministro YOSHIDA se resistió a ello. YOSHIDA comprendía perfectamente lo que Japón debía hacer para conseguir los objetivos nacionales de posguerra de recuperación y rehabilitación. Se dio cuenta de que el rearme no baria más que obstaculizar estos objetivos. A cambio de no tocar la Constitución, Japón tuvo que aceptar un tratado de seguridad con EUA.

La opinión pública japonesa de las décadas posteriores, junto con la configuración de las fuerzas políticas que originó, se dividió en tres líneas básicas: el termino medio de la línea de YOSHIDA, la línea socialdemócrata a su izquierda, y la línea tradicionalista y nacionalista a su derecha. Aunque los partidarios de la línea de YOSHIDA trataron de evitar el nacionalismo, las alas izquierda y derecha presentaron cada una su propia visión nacionalista. Los de la derecha intentaron revisar la Constitución pacifista para permitir a Japón rearmarse y convertirse en un país verdaderamente autónomo, y los de la izquierda pretendían que Japón confeccionase sus propios lazos con EUA y siguiese su propio camino de neutralidad desarmada. Ambas posiciones resultaban impracticables, pero provocaron una grave escisión en la sociedad japonesa.

KOSAKA Masataka, cuyas obras en la segunda parte de la década de los 60 resultaron capitales para afianzar la reputación de YOSHIDA en estudios de la diplomacia japonesa de posguerra, ya estaba en ese momento haciendo sonar la alarma sobre el defecto estructural de la línea de YOSHIDA. Aunque el Tratado de Seguridad Japón-EUA inicial que YOSHIDA firmó fue revisado en 1960 con el primer ministro KÍSHI Nobosuke, los dos elementos clave de la línea de YOSHIDA —la Constitución y el tratado de Seguridad— han persistido durante más de medio siglo hasta nuestros días. Lo que más inquietaba a KÓSAKA era el actual abandono de la cuestión de devolver contenido al «sentido de independencia» que se había sacrificado con esta línea de posguerra. Renunciar a un cierto grado de autonomía para Japón y a su iniciativa como actor libre había sido prácticamente inevitable para YOSHIDA. A KOSAKA le preocupaba que la reacción nacionalista contra el materialismo basado en una estructura de dependencia estaba dando paso a una incipiente búsqueda de valores interiores e inmateriales.

La preocupación de KOSAKA resultó ser bien fundada. Mientras la sociedad japonesa quedaba dividida ideológicamente, los creadores de la política exterior nipona cayeron en la rutina de juzgar que todo iba bien si la relación Japón-EUA gozaba de buena salud. Esto provocó una característica estructural desgraciada: la política exterior japonesa es un objetivo fácil para los ataques de nacionalistas que buscan promover valores inmateriales. Este problema perenne ha vuelto a salir a la luz recientemente como una cuestión problemática para la diplomacia japonesa.

Un punto de inflexión clave para Japón en el periodo de post-Guerra Fría llegó en 1994, cuando el líder socialista MURAYAMA Tomúchi se convirtió en primer

ministro en su calidad de jefe de una coalición con el Partido Liberal Democrático (PLD) y el pequeño Nuevo Partido Sakigake. Durante décadas, el Partido Socialista de Japón (PSJ), la principal fuerza opositora, había insistido en la inconstitucionalidad de las FAD y en un llamamiento a la derogación del tratado de seguridad con EUA. Pero al dirigirse a la Dieta Nacional como primer ministro, MURAYAMA dio un giro de 180 grados en estos temas. Después, las fuerzas pacifistas se diluyeron rápidamente en la escena política, y surgió una tendencia que dio una mayor influencia relativa al ala derecha. Esta tendencia culminó con el nacimiento de la Administración de ASE, cuando el primer ministro abogó por «una ruptura limpia con el régimen de posguerra)» como uno de sus eslóganes, y el Gobierno incluso tomó la iniciativa de revisar la Constitución. Las voces de los que pedían el restablecimiento de la autonomía y la iniciativa de Japón, que con anterioridad habían sido apartados como marginales, pudieron escucharse ahora desde el centro de la estructura de poder político.

Pero si ampliamos un poco el tema, la iniciativa de ASE de romper con el régimen de posguerra no consiguió abordar el defecto estructural de la diplomacia japonesa surgido de la aceptación de determinados límites en la autonomía del país; sólo fue una expresión visible de este problema. La seguridad y prosperidad en posguerra de Japón se había construido sobre los cimientos de la experiencia en la guerra y el régimen de posguerra formalizados por el Tratado de Paz de San Francisco. Intentar conseguir libertad de iniciativa en política exterior rechazando esta lógica habría sido una empresa sin futuro.

Creo que una diplomacia con un cierto grado de dependencia y de límites sobre la iniciativa es de hecho la mejor estrategia autónoma práctica para Japón. Aunque pueda parecer en cierto modo una paradoja, una estrategia autónoma de estas características puede convertir la estructura de dependencia en un activo diplomático como base para la autonomía de Japón.

Relaciones EUA-China y opciones de Japón

Pero volvamos a la escena internacional actual y la diplomacia de Japón para el noreste asiático. El entorno internacional en que opera nuestro país está determinado por las relaciones entre EUA y China. Y estas relaciones están cambiando debido a que EUA está siendo presionado para realinear sustancialmente su estrategia global. Ahora es probable que el centro de atención de EUA vaya a ser por bastante tiempo la lucha contra el terrorismo y la gestión de Oriente Medio. Ya raíz de ello, la relativa prioridad del noreste asiático ha pasado claramente a un segundo plano. El reciente cambio de rumbo de Washington con respecto a Corea del Norte se podría interpretar como un cambio de política realizado en una perspectiva global. EUA parece haber decidido tratar las conversaciones a seis bandas, centradas básicamente en las negociaciones entre Washington y Pyongyang, como marco para posponer claramente una solución completa del problema nuclear norcoreano y mantener de momento la situación en espera.

Tras los resultados de las guerras en Afganistán e Irak, y la cada vez más grave cuestión de las ambiciones nucleares de Irán, está claro que EUA no tiene la fuerza para tratar por sí solo el problema de Corea del Norte. Y por ello, cuando los norcoreanos realizaron su prueba nuclear en octubre de 2006, Washington curiosamente dejó de lado su anterior rechazo a hablar

directamente con Pyongyang e inició unas negociaciones bilaterales que hicieron avanzar sustancialmente las conversaciones a seis bandas. El cambio de posición de EUA le llevó a la armonía con China y Corea del Sur, ya que ninguno de los dos quiere arrinconar a Corea del Norte con una rígida insistencia de principios. Y para EUA, este cambio ha dado más relevancia al papel de China en las conversaciones a seis bandas.

También desde la perspectiva china, la estabilidad en las relaciones con EUA es un elemento esencial estratégico. En su camino para alcanzar pacíficamente el rango de gran potencia, los líderes chinos han decidido que por ahora su máxima prioridad será abordar los distintos problemas internos con que se enfrentan. Para ello necesitan un entorno internacional estable, Esta orientación que sienta las bases de la política de China en estos últimos años, ahora se ha convertido claramente en un elemento de la misma política hacia Japón. Se puede esperar que China responda al problema norcoreano desde esta misma mentalidad como punto de partida.

Dicho esto, es evidente que a medio y largo plazo, Japón no debe perder de vista a China, especialmente su crecimiento militar, y prepararse para situaciones no deseadas. Y para Japón la manera de tratar con China en la esfera militar debe centrarse básicamente en la alianza Japón-EUA. También en este sentido, la relación de seguridad con EUA continuará siendo fundamental en la estrategia diplomática japonesa.

Mientras se prepara para lo peor en el área de política de seguridad, estoy convencido de que Japón puede mostrar su firmeza en la manera de abordar el trato cotidiano con China en campos que no sean la seguridad. Para ello es importante que nuestro país se apunte como participante activo en la estructura

de las conversaciones a seis bandas. Todos excepto Corea del Norte están totalmente de acuerdo en que es deseable la desnuclearización del Norte. Si Japón no puede colaborar con los demás países participantes en este marco, no cabe esperar ninguna cooperación multilateral en el noreste asiático.

La importancia del mecanismo a seis bandas es todavía mayor si lo consideramos como una dinámica que puede llegar a provocar un cambio de régimen en Corea del Norte y tal vez la reunificación de las dos Coreas. Está claro que los demás participantes de las conversaciones no han llegado a ningún acuerdo explícito en estos asuntos, pero creo que ya han empezado a incluirlos implícitamente en sus políticas.

Una vez oí decir a un ayudante del ex-presidente surcoreano Kim Dae Jung que el objetivo final de la «política deslumbrante» de Corea del Sur era conseguir un cambio gradual del régimen del Norte, y que así lo creía también personalmente Kim. Y he oído opiniones similares de académicos que apoyan la política del presidente Roh Moo hyun para con el Norte, Además, tras la prueba nuclear de Corea del Norte de 2006, voces autorizadas en China empezaron a expresar opiniones críticas hacia ese país. Un investigador chino que participaba en una conferencia internacional argumentó que la única salida era pensar en la reforma del régimen del Norte o la reunificación de las dos Coreas.

Aunque los demás países participantes en las conversaciones a seis bandas no responden a la situación contando con esta premisa, si observamos los movimientos de EUA podemos ver que está tomando forma una corriente de este estilo. La política estadounidense tiene por objetivo mantener de momento el programa nuclear norcoreano bajo control, pero mientras Corea del Norte

siga hablando con EUA y amplíe sus contactos con la comunidad internacional en general, la presión para que se produzca algún tipo de reformas en ese país irá creciendo, y al final tal vez se vuelva irresistible. Japón debe abordar la normalización de sus relaciones con Pyongyang en el contexto de esta corriente a largo plazo. El mecanismo apropiado ya está en el marco de las conversaciones a seis bandas.

Creación de redes en el nivel de potencia media

Si aceptamos la descripción anterior de diplomacia amistosa como lo mejor de la política exterior de Japón, aparece la forma adecuada de las estrategias diplomáticas de nuestro país. Aunque el espacio de este artículo no me permite una explicación detallada, la diplomacia de posguerra en Japón ha sido una sucesión de esfuerzos pacientes y de perfil bajo que han contribuido a la prosperidad y estabilidad de la región y de la comunidad internacional con unos medios distintos al uso de la fuerza. Y en especial desde el inicio del siglo XXI, nuestro país ha trabajado para aumentar su expediente con esfuerzos conatantea en torno al concepto de «seguridad humana.

En el contexto tanto de la Guerra Fría EUA-Unión Soviética y la interacción estratégica post-Guerra Fría entre EUA y China, la diplomacia japonesa ha desempeñado un papel eficaz a nivel de potencia media en la escena internacional. Y este es el nivel en que debemos continuar centrando nuestra atención estratégica en el periodo venidero. Debemos crear una infraestructura a nivel de potencia media que ni EUA ni China puedan ignorar en la gestión de

sus altas relaciones políticas y estratégicas e influir para que se tenga en cuenta el orden regional Asia-Pacífico.

Esto significará sin duda crear una red entre las naciones situadas en la zona media entre EUA y China mientras estos dos gigantes buscan su interacción estratégica. Nuestros homólogos específicos en esta empresa son los miembros de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ANSEA), Australia y Corea del Sur. Y en esta empresa debemos posicionarnos en el mismo nivel que las demás potencias medias, porque de lo contrario no lograremos desarrollar una estrategia coherente.

Japón ya ha conseguido construir una sólida infraestructura de nivel medio en sus relaciones con la ANSEA. La implicación de nuestro país no se ha limitado a la esfera económica, sino que también ha desempeñado su papel en la dinámica política que condujo a la ampliación de la ANSEA hasta su actual configuración de 10 miembros. La doctrina FUKUDA de 1977 (proclamada por el primer ministro FUKUDA Takeo) fue fundamentalmente una iniciativa política pensada para conseguir la integración regional respaldando la creación de lazos de dependencia mutua entre los cinco miembros originales de la ANSEA y los países de Indochina.

Japón amplió su apoyo indirecto al establecimiento del Foro Regional de la ANSEA en 1994, y ofreció asistencia financiera a gran escala a los países afectados por las crisis financieras y monetarias en Asia en 1997 y 1998. Las relaciones económicas que se han desarrollado entre China y la ANSEA estos últimos años fueron posibles gracias a la infraestructura regional nacida de la interacción entre Japón y la ANSEA; la historia de esta relación es ahora un

importante activo diplomático para nuestro país que configura tanto la filosofía de la ANSEA como la realidad del orden regional en el sudeste asiático.

Mientras, en las relaciones con Australia, la Declaración Conjunta Japón-Australia sobre Cooperación de Seguridad de marzo de 2007 representa una significativa primicia. Esta declaración conjunta habla de cooperación bilateral con respecto al problema norcoreano, el terrorismo, las operaciones de mantenimiento de la paz y humanitarias, la paz y la seguridad regional e internacional, y la seguridad humana. También aboga por la creación de un plan para abordar medidas concretas; y si este compromiso se cumple: representará un paso hacia la creación de un orden regional a través de la cooperación entre potencias medias como Japón y Australia.

Crear una red de lazos con Corea del Sur sobre la base de una perspectiva regional amplia será, sin duda: la tarea diplomática más compleja que tendrá Japón; pero los beneficios de su éxito son enormes. Hasta ahora, la política de Japón hacia las dos Coreas se ha malinterpretado porque nuestro país se consideraba una de las “cuatro grandes potencias” (junto con China, Rusia y EUA) preocupadas por la Península Coreana. De hecho, Japón no ha hecho prácticamente nada de importancia geopolítica como “gran potencia” con respecto a las dos Coreas durante toda la posguerra. Sería mucho más exacto ver a Japón y a las dos Coreas juntos rodeados de «tres grandes potencias».

Si tomamos esto como paradigma de nuestras relaciones con Corea del Sur, cabe la posibilidad de estrechar nuestros lazos de cooperación de igual a igual como potencias de nivel medio. Esto podría aplicarse a nuestra relación bilateral en las conversaciones a seis bandas, y también podría abrir el camino

al desarrollo de cooperación en el campo de la seguridad, como con Australia, que representaría algo totalmente nuevo. Si Japón y Corea del Sur pueden hablarse utilizando los mismos conceptos y palabras sobre EUA, China y la forma más adecuada de orden regional, su relación bilateral puede acabar sirviendo de catalizador de una cooperación regional totalmente nueva.

Como muestra la anterior crónica de las relaciones de Japón con la ANSEA y tras la iniciativa más reciente hacia una asociación de seguridad con Australia, no es descabellado pensar que Japón pueda desempeñar un papel central en a construcción de una infraestructura de orden regional entre potencias de nivel medio. De hecho, nuestro país ya ha desempeñado eficazmente un papel similar, Y esto puede servir como base para una estrategia autónoma, firme en el trato tanto con China como con EUA aun manteniendo unas relaciones con este último país como núcleo de la política exterior japonesa.

Comunidad y valores

Siguiendo con lo expuesto hasta ahora, la nueva tarea de la diplomacia japonesa es ir tejiendo sus relaciones bilaterales existentes hasta formar una red. Y más allá de eso está la perspectiva de crear una comunidad este-asiática que a la postre acabe coexistiendo con Rusia y China, aunque su proceso de creación lo deben encabezar potencias de nivel medio, es decir, Japón, la ANSEA, Australia y Corea del Sur. China, aunque está situada en Asia, existe en un mundo propio, y funciona como actor estratégico con los EUA como equivalente. Por ello, estoy convencido que al crear una comunidad

este-asiática, la relación entre esta comunidad y China será el elemento final por determinar.

Esto tiene relación directa con el tema de los valores y las normas sobre las que debe basarse esta comunidad. En su búsqueda de ideas para la formación de alianzas con otras democracias y la creación de un «arco de libertad y prosperidad» en Asia, la administración de ABE buscaba implícitamente un programa conservador teniendo en cuenta a China; y en este sentido estaba utilizando mal los valores universales que deberían adoptarse como base para la creación de un orden regional liberal. Esta equivocación entre medios y fines resultó sintomática de la falta de visión estratégica.

El proceso de creación de una comunidad regional por parte de potencias de nivel medio debería ir acompañada de una confirmación mutua de sus valores compartidos, y en las fases iniciales no debería incluir ni a Rusia ni a China, los dos países que dominan la política de poderes de la región. También en este sentido, Japón debería identificarse principalmente no con esas dos grandes potencias sino con la ANSEA, Australia y Corea del Sur.

La imagen que Japón tiene de sí mismo ha ido de aquí para allá en el periodo de posguerra, y nuestro país no parece bien preparado para buscar esta visión estratégica. El mundo político se ha vuelto más conservador, y el Gobierno ha continuado confiando cómodamente en la alianza Japón-EUA. Por ello, las condiciones básicas para tratar con la ASEAN, Australia y Corea del Sur como iguales aún no se han cumplido. Pero dejar la diplomacia japonesa tal como

está significa dejar un vacío estratégico que será ocupado por la búsqueda nacionalista de valores no materiales. En este sentido, la creación de una red de potencias de nivel medio con vistas a la creación definitiva de una comunidad regional representa claramente un valioso terreno, todavía baldío, en donde Japón puede convertir sus puntos fuertes diplomáticos en activos estratégicos.

(Con la amable autorización de Asahi Shimbun. Cedido gentilmente para el Observatorio Virtual Asia Pacífico por la revista CUADERNOS DE JAPÓN).

